

los obreros de las fábricas en expansión, los estudiantes, la mujer depositaria de una fuerza insospechada en la solución de los problemas nacionales.

No puede escaparse que esta movilización de la población en beneficio de su salud sólo puede ser lograda en el marco de una organización colectiva. En primer lugar porque los esfuerzos aislados son improductivos, y en segundo término, porque los programas sanitarios deben estar organizados de tal manera que individuos y grupos adquieran la conciencia de que la salud pública y sus metas son una función y una responsabilidad colectiva. La teoría sanitaria se convierte así en una teoría social. Por ello mismo el esfuerzo de persuasión y la capacitación de la población en el desempeño de las tareas que le competen, condicionan el éxito de la operación.

¿A qué tareas puede orientarse este formidable potencial representado por los hombres agrupados en centenares de comunidades, cuyo esfuerzo organizado estarían decididos a no escatimar? Tomando en cuenta la gran población rural, deberíamos canalizar sus energías en el marco de cada región. Las tareas son muchas. ¿O es que la determinación de que se debe consultar al médico requiere algo más que un buen juicio? ¿O es que la vigilancia del saneamiento del ambiente en sus elementales aspectos necesita de una gran preparación sanitaria?.

Es cierto que las grandes empresas son siempre más espectaculares, pero es la multiplicación de las pequeñas labores, acordes con las necesidades de la comunidad, lo que les da un sentido y una eficacia: Apoyo a la expansión de servicios de salud; colaboración en programas de saneamiento; notificación de enfermedades; aportación de personal voluntario.

En la acción de desarrollo de la comunidad su contribución resulta valiosa

cuando se orienta a la conquista de nuevas parcelas; construcción de caminos; perfeccionamiento de los procedimientos de cultivo; plantaciones nuevas o desarrollo de industrias locales. En resumen, la movilización de todas estas energías conduce a una elevación del producto disponible y la productividad.

Lo importante de la acción de la comunidad en el campo no significa que lo sea menos en las ciudades. En el futuro los trabajos agrícolas habrán de incrementar su mecanización, y una buena parte de la fuerza de trabajo será desplazada a los grandes centros de producción industrial y a los servicios necesarios para el adecuado funcionamiento de la sociedad. La participación de la población en este nuevo escenario es determinante para el saneamiento de las fábricas; para la notificación de las condiciones en que se distribuyen y expenden los alimentos; para atenuar los desajustes que conducen a una defectuosa convivencia social, y para que, consciente de su responsabilidad en la defensa del patrimonio de la nación, conserve y haga un uso adecuado de los servicios médico-sanitarios a cuyo establecimiento y desarrollo ha contribuido con su esfuerzo.

Obtener el concurso de las comunidades, utilizar las fuerzas sociales como mecanismo para lograr no sólo la defensa de la salud, sino mejorar al hombre para que desarrolle su potencial creativo y disfrute de una vida plena en armonía con los demás, han sido principios que inspiraron la política sanitaria de los últimos años.

Esto no es substituir una vieja teoría por otra nueva, sino el reconocimiento de que, conceptuada así, la salud pública se convierte en una de las más elevadas expresiones de solidaridad humana, en una nueva fuerza al servicio de la población. Es también la afirmación de que los trabajadores de la salud pública podemos poner en jue

go medios cada vez más eficaces para ejercer influencia en el devenir de la sociedad y perfeccionar al hombre.

Esta concepción no es sólo una proclamación teórica para satisfacer las exigencias de los idealistas, sino que se ve confirmada por el éxito de las realizaciones sanitarias cotidianas, por los esfuerzos de miles de trabajadores de la salud en colaboración al desarrollo nacional más allá de cualquier barrera.

Los resultados de esta política son bien conocidos en materia de dotación de agua a comunidades; de ampliaciones de servicios de salud; en desarrollo de comunidad; en alimentación complementaria. La respuesta de la población no se hizo esperar. Surgió vigorosa, enérgica, decidida, como habría de surgir cuando la comunidad percibe que el planteamiento a la solución de sus problemas es congruente con sus necesidades; cuando el criterio profesional y el enfoque técnico tiene como base la satisfacción de las demandas sociales; cuando se le hizo notar que ninguna tarea sanitaria tiene sentido si no participa en su planeación y desarrollo, la comunidad.

A pesar de que los resultados en la salud de la población han adquirido especial significancia, justo es reconocer que aún falta mucho por hacer. Alcances mayores y una participación de la comunidad en la corriente de la salud pública con perfiles más amplios, sólo podrá lograrse a medida que la población de distintas regiones supere sus niveles de cultura en muchos sitios de rasgos primitivos.

En efecto, no son pocas las comunidades que viven en estructuras que tienen el fomento y desarrollo progresivo de una organización sanitaria siempre más como marco una economía agrícola con tecnologías rudimentarias que sólo satisfacen sus necesidades de subsistencia, y bajo la influencia de supersticiones que norman su concepto de salud y enfermedad. Esto determina que vivan replegadas en sí mismas

y que resistan las penetraciones exteriores que intentan romper su equilibrio. En la misma forma, las difíciles condiciones de vida que se observan en los núcleos marginales de las grandes ciudades, donde persisten patrones de cultura que no han podido integrarse en el seno de la sociedad urbana, representan también obstáculos poderosos para la obtención de una vida saludable.

Por ello tal vez no falte razón a quienes piensan que la persistencia de las sociedades tradicionales con diversidad de culturas que presenta el país, es poco propicia a la adquisición de ideas y actitudes favorables a la salud. Esta situación es al mismo tiempo un reto para los trabajadores de la salud pública, a quienes se les ofrece la oportunidad de desencadenar las fuerzas capaces de transformar progresivamente a las comunidades, y asegurar la promoción hacia niveles de cultura superior a través de la justicia distributiva.

Finalmente, quiero manifestar que no me cabe la menor duda de que la acción sin límites de la salud pública, ha de conducir al descubrimiento de nuevos hechos científicos en beneficio del hombre; a la ampliación de las perspectivas de bienestar de la población, y al final de cuentas, al enriquecimiento de nuestra cultura común.

Para ello debemos trabajar incansablemente, estudiar siempre, intercambiar experiencias y comunicarnos con la sociedad para dejar de vivir en cercados mundos. La población aprenderá así a conocer la verdadera imagen de la salud pública y la verdadera naturaleza de sus metas. Y todos juntos canalizaremos nuestros esfuerzos hacia el fortalecimiento y desarrollo progresivo de una organización sanitaria siempre más productiva y fecunda.

TOMADO DE: LA MEMORIA DE LA XVIII REUNION ANUAL DE LA SOCIEDAD MEXICANA DE HIGIENE.
MEXICO, D.F. 1964.